

# Rasgos Neuróticos de Nuestro Tiempo

Juan José López Ibor,  
Catedrático de Psiquiatría de la  
Universidad de Madrid.

Me encontré en Nueva York hace poco más de un año con uno de mis antiguos colaboradores. Se había establecido allí como psiquiatra unos meses antes y se mostraba encantado con la marcha de su consulta privada. Me anunció, sin embargo, que iba a trasladarse a Baltimore. Me extrañó ese cambio y le pregunté si no tendría dificultades en abrirse camino en la nueva ciudad, cuando su situación en Nueva York se estaba consolidando. "No —me contestó—, aquí nos sobran clientes. Ustedes, los psiquiatras europeos, y especialmente en España, están acostumbrados a ver enfermos. Nosotros, aquí, vemos sanos. Nuestra clientela es, prácticamente, inagotable."

Esta anécdota, con su aírón de ironía, nos pone ante un gran problema del mundo contemporáneo. ¿Son sanos, en efecto, estas personas que acuden al psiquiatra? ¿Son enfermos? ¿No será que está enferma la sociedad? Thomas Szasz, conocido psiquiatra americano, ha publicado un libro titulado *El mito de las enfermedades mentales*. Para él, las enfermedades mentales no existen como tales enfermedades, sino como problemas de las relaciones humanas. "Charcot y Freud hicieron un gran daño a la verdad científica elevando a la categoría de enfermos a los histéricos y a tantos otros asociales

y simuladores, que no tienen que ver con la enfermedad propiamente dicha." La cuestión toma, como se ve, un aire babélico; la confusión nos amenaza.

Tratemos, pues, de situarla lo más claramente posible. Por una parte, las estadísticas nos dicen que el número de neuróticos aumenta. Aproximadamente un tercio de los clientes del médico general son neuróticos; un tercio de los estudiantes padecen trastornos neuróticos; en la industria —en los países desarrollados— se pierde un tercio de las horas de trabajo a causa de los trastornos neuróticos. El alcoholismo aumenta y, sobre todo, aumentan los trastornos nerviosos debidos al alcohol, aun en países donde la cifra absoluta de consumo alcohólico desciende. En una fábrica como la Philips el 40 por 100 del personal padece lo que se ha llamado con cierto eufemismo "accidentes psicológicos". En Noruega no pasan tres días sin que tenga que repatriarse, por un avión, un marinerero por padecer un "nervous break-down". En Oxford de 145 estudiantes que habían faltado durante un trimestre la mitad lo hicieron por trastornos nerviosos. Agréguese a los datos anteriores la cifra de suicidios, las estadísticas sobre delincuencia juvenil, fugas y problemas conyugales en toda sociedad desarrollada. Lo cierto es que apenas se necesitan las estadísti-

## LA OBEDIENCIA....

siendo difícil de captar, "lo que se impone", la verdad concreta. Es ella por lo tanto la que debe formar nuestros intentos de sistematización, y siempre acabará sobrepasándolos. Por lo que respecta a nuestras especulaciones, permanecerán estériles —para nosotros y para los demás— si no conseguimos convertirlas en ejemplo concreto, conformando a ellas nuestra vida" (Maurice Blondel et le Pere Teilhard de Chardin, *Archives de Philosophie*, enero-marzo 1961, pág. 156).

Así llega a su consumación la investigación entregada del creyente, dirigido por el "instituto bautismal" (según la hermosa frase del P. de Lubac), en el corazón de la verdad católica, y su libertad es la del hijo en la casa de su Padre.

"Los ejemplos de la historia así como su propia experiencia le revelaron la nostalgia del conocimiento de lo divino, que actúa sobre el espíritu humano, y al mismo tiempo también la debilidad que le pone en peligro de caer en

todos los errores posibles. También capta por eso mismo el beneficio de un magisterio divino, al cual se somete libremente. Agradece a Dios que se lo haya proporcionado en la Iglesia, y esto es ya una participación en la paz eterna, que él experimenta ya, al colocarse por la obediencia de la fe bajo la ley eterna. Incluso en las ocasiones más torturantes, y precisamente más explícitamente en estas que en otras, descubre una coincidencia entre lo que se le impone aparentemente desde fuera, y lo que su interioridad le impone. Porque el Espíritu de Dios no le abandona a él personalmente, como no abandona a la Iglesia "católica". Y lo que El opera en la Iglesia "católica" es "lo mismo que opera en cada alma cristiana" (Henri de Lubac, *Méditation sur l'Eglise*, Aubier, 153, pág. 225).

Estas líneas de un teólogo, que fue su amigo, expresan mejor, de lo que yo hubiera podido hacerlo, el misterio de la obediencia en la vida del P. Teilhard de Chardin.

cas; basta hojear los periódicos y las revistas corrientes para sentirse impresionado por el cúmulo de noticias de esta suerte, las cuales revelan la existencia de una honda enfermedad social.

La cuestión, por tanto, no puede limitarse a decir que aumenta el número de neuróticos, sino que debemos preguntarnos si la sociedad misma se ha "neurotizado". No es necesario insistir en la concordancia que existe entre el mejor desarrollo social y la aparición de esos síntomas de desintegración. Las cifras a que aludo anteriormente proceden de países desarrollados.

\* \* \*

Estoy esta temporada escribiendo un libro sobre las neurosis. En contra de la tesis vigente en el mundo psiquiátrico actual de que la neurosis es sólo conflicto, trato de demostrar que la neurosis es también enfermedad. Para mí, las neurosis son enfermedades del ánimo como la melancolía. Con este planteamiento emerge un escollo que me ha hecho titubear más de una vez. Si la neurosis es endógena, ¿cómo se explica esa inundación neurótica del mundo actual?

A mi modo de ver, en las neurosis hay tres planos:

1º Un plano inicial de angustia. Que la angustia es la clave de las neurosis lo reconoció el mismo Freud. La tesis general en los psiquiatras actuales consiste en pensar que la angustia es conflictual, es decir, debida a conflictos externos, o a conflictos internos de naturaleza instintiva; toda neurosis es "sociosis". Esta es la tesis de Szasz, por ejemplo. Mi punto de vista es que esto puede existir; pero que, en la gran mayoría de los casos, la angustia es endotímica, vital.

Cuando yo lancé la expresión "angustia vital" no adiviné que iba a ser tan mal entendida como el uso posterior me ha demostrado. La angustia vital no es la angustia ante los problemas concretos de la vida, como la angustia existencial no es la angustia ante los problemas concretos de la existencia. La angustia vital es un sentimiento vital en el sentido de Scheler, es decir, un sentimiento del ser humano en tanto el hombre es cuerpo animado. Surge de la corporalidad animada, por una descompensación en sus ritmos vitales. No surge de los conflictos con el hambre o el miedo, la pobreza o la mujer.

2º Una serie de dispositivos defensivos frente a esa angustia infinita que nace en el centro personal y que, en sí, es insoportable. La crisis de angustia le revela al hombre su esencial fragilidad. El hombre es el ser "para la muerte" y "para la enfermedad" y "para la locura". El ser que puede dejar de ser, aniquilarse, convertirse no en polvo, sino en nada. Esta es una

expresión que cuando se vive como tal —no cuando se devanea con ella en el plano intelectual— es, sencillamente, insoportable. Por eso el neurótico se defiende de ella mediante lo que se llama **mecanismos neuróticos**, que van desde los ataques y las parálisis histéricas hasta las obsesiones, las fobias, etcétera. Los mecanismos neuróticos defienden de la angustia a cambio de crear una trama que acaba de aprisionar al enfermo en lugar de liberarle. El gran demonio de la angustia se sustituye por pequeños demonios, que envenenan la vida. Cuando hablo, como ahora intento hacerlo, de los rasgos neuróticos de la sociedad contemporánea me refiero a la presencia de estos demonios en la sociedad. Nacidos para defender al hombre en su vida social, pero que en lugar de ello le atacan y ensombrecen su vida. Es el proceso inverso al cambio del mundo antiguo en el mundo nuevo de la Orestíada. Las Euménides vuelen a ser Eriníadas. Al mundo del espíritu sucede otra vez, en una vuelta atrás, el mundo de la culpabilidad que no se perdona, de la pena que no se extingue, de la ley del talión que exige el pago inmediato y en la misma especie. La sociedad no enferma como el individuo; pero las estructuras de la sociedad actual muestran, en sus mecanismos de defensa, los mismos montajes que las estructuras neuróticas, como vamos a ver.

3º El tercer plano lo constituye en las neurosis, como en toda enfermedad, la actitud que toma el enfermo. El hombre es persona: ser persona quiere decir poseer capacidad de emerger y pilotar el mundo de lo apersonal. Cuando en el "argot" clínico francés se dice que tal enfermo "hace su tifus" o "su cáncer", se alude a este plano en la propia estructura del enfermar. Un dolor puede vulgarizar o ennoblecer según como se soporte. El dolor es, además, fuente de conocimiento; por esta capacidad que tiene el hombre de enfrentarse consigo mismo, de dialogar consigo, su propio dolor, le descubre honduras de su corporalidad y riquezas de su vida espiritual. Sin el dolor y el sufrimiento la historia de la humanidad sería, seguramente, mucho más chata. Al dolor se le deben grandes momentos de la creación artística y científica.

El hombre, pues, por lo mismo que es persona, en un momento determinado "se da cuenta" de su síntoma, de su dolor o de su enfermedad. En el libro de Sauerbruch sobre el dolor que se acaba de reeditar se cuenta el caso del oficial de caballería que pierde una pierna en el combate y no se da cuenta de ello hasta que el combate termina. Hay, pues, en esa operación del "darse cuenta" o del "tomar conciencia", como se dice traduciendo del francés, o de "concienciación", como se dice traduciendo del alemán, un nivel distinto según cada individuo. Según también cada época. El nivel histórico de la sensibilidad humana frente al dolor varía.

También varía el nivel de enfermar. Y en esta época el nivel se halla muy bajo. En una época en la que se huye del esfuerzo no podía ser de otra manera. En determinada fábrica se ha calculado que el tiempo total del esfuerzo físico de un obrero en jornadas de cuarenta horas semanales es de una hora semanal. No estamos en un momento de cultura heroica, sino al contrario. Hay un deseo universal de bienestar material, de una arcadia técnica. Como otras veces en el curso de estas páginas, no quisiera que se tomaran mis palabras como juicios valorativos. Trato sólo de señalar rasgos característicos. Lo cierto es que el nivel de resistencia frente a todo lo que en la vida humana es sufrimiento descende. Por lo tanto, con más facilidad el hombre de hoy se da cuenta de lo que le perturba, con más facilidad se siente amenazado por el espectro de la neurosis. Y, además, frente a las primeras amenazas de las sombras de la neurosis, con frecuencia se entrega a ella, como un ejército desmantelado y sin moral de resistencia. Por eso, aun habiendo un factor endógeno en la neurosis, éstas aumentan, y lo que es más interesante, cambian su fisonomía.

\* \* \*

La clave de las neurosis es la angustia. En torno a la angustia es arremolinan los síntomas de las neurosis. Unos son expresión de ella; otros, conversión de la angustia en alteraciones somáticas, otros, finalmente, mecanismos de defensa contra ella.

Pues bien, el estado de ánimo característico del tiempo presente es la angustia. Cada época histórica tiene un estado de ánimo peculiar que la caracteriza y que alimenta, como un jugo oculto, sus producciones artísticas y culturales y sus propias formas de vida. Basta lanzar una ojeada al panorama filosófico y literario actual para darse cuenta de su prevalencia monotemática en el espíritu del tiempo.

¿Qué personaje inspira la novela y el teatro actual? El neurótico, cuando no el psicótico mismo. La "náusea" de Sartre es la exposición de una situación de asco existencial. El teatro de Tennessee Williams está lleno de conflictos homosexuales. El mismo Faulkner logra la atmósfera trágica de sus relatos a través de seres complejos, a veces mucho más de los que solemos ver en nuestras clínicas. Sería necio negar el valor artístico de esta literatura. Su gran valor, empero, es la de ser testimonio de la condición humana de estos tiempos.

¿Qué temas ha elegido la filosofía contemporánea? El de la angustia. Aparece ya en Kierkegaard como expresión del conflicto entre su intimidad religiosa y el racionalismo hegeliano y llega a esencia del ser en Heidegger y en su gran propagador "boulevardier" Sartre. El hombre actual no se define por ser un ente de razón, ni por ser alma encarnada, ni "zoon politikon",

sino por la angustia. El ser se constituye en la angustia. ¿Podría sorprender que hablemos de una neurotización del mundo cuando la clave de las neurosis está en la angustia?

Esa proclividad hacia la angustia conforma la propia sintomatología de las neurosis. A fines del siglo XIX la gran neurosis es la histeria, con sus crisis espectaculares. Durante la guerra del 1914-1918 —guerra de trincheras, soldados precedentes de una sociedad estática y burguesa— los ejércitos se llenaron de histéricos de guerra. En la última guerra apenas se vieron cuadros histéricos. Creció, en cambio, la patología psicósomática, desde los cuadros de ansiedad vegetativa a los de úlcera de estómago. Por tanto, una transformación en la estructura social ha producido, correlativamente, una transformación en la sintomatología neurótica. La pendulación hacia la intimidad, la desecación de la cordialidad en las relaciones humanas, el maquinismo, el hombre-masa, etc., han creado un ancho espacio a la soledad humana. La angustia se ha interiorizado. No encuentra eco en sus manifestaciones. Por eso las neurosis han cambiado su sintomatología, de espectaculares se han metamorfoseado en intimistas.

Yo me esfuerzo a veces inútilmente en que la psiquiatría actual distinga entre la angustia neurótica y la normal. La angustia del neurótico y la del psicótico es anormal en su génesis misma; por eso sus mecanismos de defensa son anormales. La angustia en la sociedad no puede ser morbosa en génesis morbosa, en sentido estricto, porque esa palabra supone la existencia de una enfermedad y la enfermedad siempre está ligada al cuerpo; pero si la angustia difusa de la sociedad no es morbosa en su génesis, sí son neuróticos, en cambio, los mecanismos empleados para defenderse de ellos. La actitud social es en este caso lo neurótico.

La gran cuestión es, precisamente, ésa: la misma sociedad se ha neurotizado. La neurosis se ha convertido en un estilo de vida de la sociedad contemporánea. Causas muy hondas han determinado esta mutación; pero ahora me limitaré a exponer sólo algunas muestras de estos rasgos neuróticos de la sociedad contemporánea.

Una de las angustias neuróticas fundamentales es la que se arremolina en torno al cuerpo humano. Su forma clásica es la hipocondría. El neurótico adora su cuerpo como a un dios. En esta adoración va implícito el temor a la muerte. Cada época ha tenido una actitud distinta ante ese problema. En nuestro tiempo la angustia ante la muerte adquiere caracteres singulares.

Nunca ha alcanzado la medicina una situación histórica tan relevante. A sus progresos debe este crédito social; pero, al mismo tiempo, sus progresos se deben a ese crédito social, puesto que gracias a él es posible dedicar su-

mas inmensas y hombres valiosos e instituciones bien dotadas a la investigación y a la asistencia. La vida media se prolonga, el hilo de la vida se corta más tarde; pero eso no basta. Se necesita no sólo que la medicina suprima el dolor de la enfermedad, sino el dolor de vivir. Esta superposición entre dolor, enfermedad y sufrimiento en la vida humana es un ejemplo más de la nueva Babel en la que estamos envueltos. Resulta lógico que el médico, siguiendo sus cánones clásicos, cure una enfermedad cuando pueda, y cuando no, alivie los sufrimientos. Pero la vida, en sí misma, tiene sus entrañas dolorosas. Penas, disgustos, aflicciones de este mundo imperfecto que nos pone de mal humor o nos quita el apetito y el sueño. La sociedad moderna no busca remedios morales frente a ese "dolor de vivir", sino remedios técnicos. Estos son de dos clases: unos psicológicos y otros farmacológicos. La psicoterapia se ha integrado en las técnicas del bienestar. Una de sus formas, el psicoanálisis, por ejemplo, nació como procedimiento curativo de las neurosis; pero ya hemos visto antes cómo se ha desdibujado la frontera entre la neurosis y la normalidad, y como consecuencia, la frontera entre el psicoterapeuta médico y el que no lo es. Hoy se manejan complejos como se receta penicilina. En el fondo es el mismo fenómeno social.

¿Y la farmacología? Existe una tendencia a usar y a proseguir en el uso de los medicamentos, a aumentar sus dosis y a depender psíquicamente, y a veces físicamente, de ellos. Los cajones de las mesitas de noche y los equipajes de los viajeros nos muestran con claridad cuáles son las entrañas de la sociedad actual. Los rasgos antes señalados son los que se consideran definidores de una toxicomanía. La sociedad actual padece una "farmacomanía".

El consumo de medicamentos analgésicos alcanza cifras sorprendentes en el mundo actual. En el año 1955, en una nación como Suiza, cinco millones de habitantes compraron 150 millones de tabletas de analgésicos. La mayoría de ellos eran derivados de la fenacetina (Saridón, Optalidón, Aspirina, Cibalgina, etc.) La mayoría de los usuarios eran mujeres (un 80 por 100), porque los hombres completaban su cuota analgésica con el alcohol. En la Clínica Psiquiátrica de Basilea ingresaron en corto espacio de tiempo más de un centenar de enfermos por abuso de analgésicos. Los tipos de personalidad de los farmacómanos son distintos del jocundo bebedor de otros tiempos: son seres sensibles, lábiles de humor, inhibidos, que viven en tensión, cargados de responsabilidades que, por lo visto, soportan difícilmente. En una fábrica suiza de relojes el 32 por 100 de las mujeres y el 15 por 100 de los hombres confesaron que usaban continuamente analgésicos del tipo de los derivados de la fenacetina. En Alemania Occidental se gastaron en 1958 110 millones de marcos en tabletas analgésicas.

El uso continuado de analgésicos lleva a forzar las dosis. Al principio se utilizan para aliviar un dolor físico; después, ya para aliviar un dolor moral, una situación desagradable en la vida. Muchas personas notan una cierta acción euforizante que aumenta su dependencia del fármaco. Dependen de las tabletas como un neurótico. Progresivamente se neurotizan. La supresión produce opresión, ansiedad, sudores, tendencia a los colapsos. Todo ello sin contar con los casos de intoxicaciones graves.

Todavía existe un capítulo más importante: el uso de los tranquilizantes y de los hipnóticos. Los tranquilizantes han sido uno de los mejores negocios de los últimos tiempos. Negar su eficacia, negar su necesidad en ciertos casos de angustia neurótica, es no sólo negar la evidencia, sino hasta una crueldad. En cambio, usarlos indiscriminadamente es una especie de "suicidio psicológico", es decir, un allanamiento de la personalidad, suprimiéndole su inquietud creadora, sus anhelos de perfección, reduciéndola y apagando su llama personal. Otro tanto podríamos decir de los hipnóticos. El sueño es una función natural que no se altera, salvo los casos de enfermedad, mas que cuando la vida se dispara obcecadamente en contra de los ritmos naturales. En el sueño, los ritmos orgánicos comunican con los ritmos cósmicos. Así se expresa la unidad armónica del ser con su ambiente. Evidentemente, la vida moderna se monta sobre un trastrueque de las leyes naturales. Y el insomnio, cuando no es síntoma de una enfermedad, es síntoma de una vida inarmónica. Peor es todavía cuando a los hipnóticos y, especialmente, a los barbitúricos se los utiliza como sedantes diversos. O cuando el hombre quiebra de tal forma su ritmo vital que necesita reconstruirlo mediante el uso alternado de ritmos químicos: esta tableta para dormir y esta otra para despertar; esta tableta para comer y esta otra para ayunar, etc. Los estimulantes han producido en algunos casos verdaderas catástrofes; lo mismo podríamos decir de los reguladores de apetito.

Y no hablemos de los euforizantes. Algo misterioso hay en la naturaleza humana. Los grandes analgésicos habitúan siempre, hábito que se hunde en las entrañas y destruye la personalidad. En los Estados Unidos la heroína produce más descabros que la poliomielititis.

\* \* \*

El hombre sano mantiene una relación adecuada con el mundo entorno. Los demás hombres, las cosas mismas, pueblan su vida. La relación con el mundo es un juego dialéctico entre necesidad y libertad. El mantenimiento de esa libertad interior, de esa capacidad de pilotar su propio proyecto vital, es consubstancial a una vida con sentido.



En el neurótico, en cambio, la vida ha perdido su sentido. Su mundo se puebla de síntomas que le privan de libertad. El neurótico vive apegado a sus fobias y a sus temores, que no tienen más existencia que la que él mismo les concede. Son fantasmas que encubren las realidades, fantasmas más fuertes que las realidades mismas. Para el neurótico sexual la sexualidad es su fantasma, para el anoréxico mental los alimentos son fantasmas amenazadores. Fantasmas que suplen la realidad y la cubren de una misteriosa niebla que priva de sentido a la vida.

Esa falta de sentido es algo que está en la raíz de la vida contemporánea. Con facilidad, como por una maligna prestidigitación, lo que debía dar sentido a la vida se transforma en un muro de ausencias. Muro porque es algo que para, que detiene el fluir espontáneo de la vida, y tras esa detención aparece el vacío de la vida. Por eso hay tantos suicidios y tantos conflictos en las relaciones interpersonales, del marido con la mujer o del padre con los hijos. La falta de sentido despersonaliza esas relaciones y las convierte en relaciones instrumentales. Es para lo que sirven.

Esa misma falta de sentido y de adecuación se manifiesta en la propia estructura de la sociedad montada sobre un ciclo económico en el cual se lanza el acento sobre los bienes de consumo. No se trata de satisfacer necesidades humanas, sino de crear y moldear necesidades para aumentar el consumo y con ello el bienestar. En este ciclo económico quedan aprisionadas las propias actividades humanas, que se están transformando en bienes de consumo.

La misma sexualidad se ha transformado en bien de consumo. En cuanto el acto sexual se desliga de su atmósfera y de sus secuelas sociales, se degrada. Todo en la vida moderna conduce a esa degradación de la sexualidad. La lucha contra las enfermedades venéreas, el progreso constante en los métodos anticoncepcionistas, la igualdad de la mujer en el plano sexual, el aumento del matiz de camaradería en las relaciones entre los sexos, hace que la sexualidad se reduzca a la simple nota de placer como el de los cigarrillos con filtro—. Esta sexualidad desdramatizada, fácil y a disposición del consumidor es característica de los tiempos nuevos. No intento una valoración, sino una descripción de un fenómeno social. La sexualidad es también un bien de consumo. La erotización de la vida moderna corresponde al mismo esquema. Su degradación muestra lo próxima que está de la propia estructura del acto gratuito, es decir, del acto sin sentido. Otro tanto ocurre con la agresividad. Esa agresividad de los jóvenes que tanto preocupa a los sociólogos —y a la policía— es también una agresividad degradada, lejana, muy lejana de la agresividad romántica del crimen pasional. Es la agresividad que debe existir en una sociedad aséptica y le-

viathánica. Es una agresividad sin sentido.

La sexualidad y la agresividad del neurótico son también sexualidad y agresividad sin sentido. En el psicótico esa falta de sentido llega al máximo; pero también ocurre algo parecido en el neurótico, en el que el esquema del absurdo preside la formación de sus síntomas. Este absurdo que le hace impotente o fóbico o anoréxico, cuando está rodeado de las mejores satisfacciones posibles para estas apatencias.

La crisis del matrimonio actual en muchas partes es una crisis de la intimidad personal. Si el matrimonio no es una institución social, la sexualidad deja de ser creadora. La agresividad deja de ser apasionada y se convierte en cruel. La vida está llena de crisis. Si se mantiene su continuidad, debe ser por algo que sea capaz de mantener su hilo, a través de las crisis, algo que no dependa de esos planos inferiores en los que dominan los bienes de consumo.

La sociedad actual está materializada, como el neurótico. Una de sus características es la dependencia del polo materno y femenino de la vida. A eso se llama en la doctrina psicoanalítica el complejo de Edipo. Cuando Thomas Hobbes imaginó la teoría del Estado moderno eligió la figura del Leviathan, esa figura mítica del monstruo marino, del demonio. El Leviathan es el poder, un poder monstruoso; por cierto, un poder creado para defender al hombre de la angustia del hombre enemigo. Y en esa sociedad leviathánica en la que vivimos el hombre se siente tan angustiado que se refugia en las dulcedumbres edipianas, es decir, en la vuelta al polo maternal de la vida. El Estado moderno es una gran democracia: toda gran democracia supone la transferencia de la autoridad —de toda autoridad— a ese organismo que llamamos Estado; pero esa democracia es un gran matriarcado. Lo peor del caso es que el matriarcado es neurótico. Odia a la autoridad como el neurótico. La considera inhibitoria como en el complejo de castración. Y los propios que ejercen la autoridad, en cualquier lugar que sea, desde el padre de familia hasta el "leader" de cualquier pueblo que mande en el mundo occidental, sienten la necesidad de hacerse perdonar. Estamos, una vez más, en plena estructura neurótica.

Estamos ante una sociedad de consumo. El proceso mismo de la producción necesita un crecimiento incansable para poder mantener su equilibrio inestable. No se trata ya de una adaptación reguladora entre la producción y el consumo, sino que al proceso mismo de producción pertenece a la creación de iniciativas que acrecen el consumo. Se inventan los modos y se inventan las necesidades. El comprador vive en la sociedad contemporánea sometido a tan fuerte presión que no puede resistirla. Estas nuevas necesidades que no son esenciales, puesto que se trata sólo de la necesidad de cambio, gravan

de tal manera el presupuesto que este mismo se encuentra descompensado. La compra a plazos, que a primera vista parece un anticipo de la satisfacción de un bien, acaba por convertirse en una peligrosa hipoteca del futuro. Peligrosa porque, por una parte, anula el futuro para convertirlo en presente, lo cual es una forma de inmovilidad existencial y de tedio, y, por otra parte, porque el futuro pierde su seguridad y su capacidad de creación de posibilidades para convertirse en algo amenazador, en una verdadera llamarada de angustia que anula el goce de la realidad presente.

La prensa es también un bien de consumo. Antes se hablaba de que la religión era el opio de los pueblos. La frase es una vulgar expresión del resentimiento ateo. La prensa sí que es el opio de los pueblos. Todos somos en mayor o menor medida "prensómanos". Parece que nuestra vida cotidiana no pueda realizarse sin recibir el estímulo matinal de noticias que nos llega con el desayuno. El círculo vital de nuestros antepasados era más estrecho. Como vivimos a escala planetaria, parece que nos defendamos de una cierta agorafobia que nos produce esa sensación de dependencia que tenemos de lo que pasa en el rincón más alejado del mundo, mediante la noticia que nos llega de él. Sufrimos este proceso de inflación de la conciencia que el psicoanálisis propone como curación de la neurosis. Lo que pasa en el inconsciente tiene que elevarse al plano de la conciencia para esterilizar su carga patológica. El "ello" tiene que transformarse en "yo". Los instintos oscuros tirando de nosotros en nuestras entrañas nos enferman: los instintos elevados a la luz de la conciencia y examinados con la lucidez de la misma se vuelven inocuos. La verdad es que, como en todas las afirmaciones psicoanalíticas, se trata de verdades parciales. La experiencia clínica demuestra cómo la iluminación de muchas tormentas del "ello" no basta para hacerlas desaparecer. Pero en una sociedad neurotizada reproducimos las estructuras de los neuróticos; nos parece que el saberlo todo lo vuelve inocuo. Esa necesidad de conocer es una vaca sagrada más de la sociedad moderna que está dispuesta a ignorar la presencia del misterio en la vida y la historia. Por eso nos condena a alimentarnos de noticias, a veces indiscriminadas, a veces caóticas, muchas veces estúpidas, pero siempre servidas a un nivel dramático. Y por si fuera poco la prensa, la radio nos completa el manjar, para que vayamos a la cama convenientemente estimulados.

\* \* \*

Una de las características de la estructura neurótica es que las defensas se convierten en lanzas agresoras. Un neurótico tiene una crisis de ansiedad. Piensa, por ejemplo, en la posibi-

lidad de contagiarse de rabia, o de que al co-mulgar haya caído una partícula en el suelo, o de que una mancha lo sea de esperma y pueda contarmínarle. Para defenderse de la angustia de esa posibilidad aparecen unos mecanismos de defensa, que constituyen las fobias. El mecanismo consiste en no tocar, o no pisar, o en lavarse las manos; parece un mecanismo normal, pero el resorte de lo anormal salta inmediatamente en forma de impulso de iteración. Tiene que repetirlo, nunca está satisfecho y el mecanismo administrativo de la angustia, que es la fobia, crece hasta dominar la situación y ser la enfermedad misma. Digo "mecanismo administrativo" porque se trata de reducir la gran crisis de angustia en pequeñas crisis que se pueden soportar, aunque duran más. En resumen, los mecanismos intermedios dominan la situación y suplen las crisis. Es lo que ocurre a lo que se llama graciosamente ley de Parkinson. Este buen humorista inglés trató de demostrar cómo la administración pública crea un organismo para suplir una finalidad determinada y cómo el organismo administrativo crece y crece como en un cuento de Kafka, hasta devorar la necesidad primaria. En Inglaterra el Ministerio de Colonias creció ampulosamente al mismo tiempo que el Imperio colonial inglés se iba deshaciendo como un "ice-berg" cuando llega a una zona templada.

Nunca se ha gastado tanto dinero como ahora en estudiar los problemas sociológicos. Un colega me contaba hace poco una investigación que tenía planteada. Se trataba de seguir el desenvolvimiento de un grupo de estudiantes del país en su adaptación a otro de cultura técnica más desarrollada. Unos permanecían fieles a los valores tradicionales del pueblo del cual habían surgido, otros se adaptaban rápidamente a lo nuevo, un tercer grupo quedaba indeciso. La investigación contaba con un "grant" formidable. Hay un deseo y una convicción de que el estudio técnico de los problemas sociales permitirá resolverlos; me refiero a los del matrimonio, juventud, etc. Ese gran programa me parece admirable. Pero ¿se me reconocerá el derecho a mostrarme escéptico? En el mundo actual uno puede mostrarse escéptico frente a los valores religiosos o patrióticos. No sólo no se le critica, sino que se alzaprima intelectualmente. Pues bien, yo no pido más que la paridad: la de poderme mostrar escéptico ante el planteamiento tecnológico de los problemas humanos, no, naturalmente, de los problemas materiales en los que el hombre vive envuelto. No discuto el derecho a plantearlo así. Espero simplemente los resultados. Pero mientras espero los resultados se me adentra en la conciencia la convicción de que lo necesario es transformar la estructura propia de la sociedad, desneurotizarla. Ya comprenderá el lector que este barbarismo, "desneurotización", es puramente simbólico. Lo que postulo es una sociedad que nece-